

Cara a cara

Dos veces Jehová se muestra a Jacob, una en sueño, otra en carne y cara a cara. Ambas apariciones sobrevienen en circunstancias parecidas. La primera, cuando Jacob por temor a su hermano Esaú se exilia. Ocurre durante el viaje de Beer-seba a Harán, camino a la casa del que será su suegro, Lebán. La segunda acontece durante el regreso de Jacob a su tierra, Canaán. Ambas apariciones sobrevienen en completa soledad, en plena noche, mientras Jacob reposa en un lugar del todo extraño. La primera, en Beth-el, cuando duerme al resguardo de esas piedras que dispuso como protección. Allí sueña con la escalera que llega al cielo. Por ella, mensajeros de los Elhoím suben y bajan. En el tope, Jacob ve a Jehová, quien lo consagra; lo llama su elegido y le promete la tierra donde está acostado y su extensión a los cuatro vientos. Le asegura Jehová que proliferará su simiente y ofrece protegerlo dondequiera que vaya. Advierte entonces Jacob que ese lugar es morada principal se Dios y puerta del cielo. Por eso lo llama Beth-el. Sabe que allí residirá, pero el paraje le infunde pánico. Confrontado con la demasía, Jacob lo encuentra aterrador. Aquel que se declara dios de sus predecesor, de Abraham y de Isaac, dios de la progenie que lo originó, le resulta, a pesar de sus favores, imperioso y ajeno. Lo abruma.

Más terrible es la noche de Peniel, cuando Jehová reaparece ante Jacob, esta vez con faz y textura de hombre. Jacob de nuevo hace alto en un sitio desolado. Allí acampa con el resto de su caravana, antes de emprender la etapa postrera del retorno a Canaán. Pronto, agobiados por la fatiga de la larga marcha, todos se duermen. Súbitamente, en medio de la noche, Jacob despierta con ansiedad. Lo asalta la certeza de que debe separarse de su familia. Para preservarla, ella tiene que precederlo. La despierta, la prepara y la ayuda a trasponer el vecino vado de Jaboc. Tal nombre, casi homónimo del suyo, supone una predestinación que Jacob aún no atina a discernir. Hace vadear el arroyo a sus esposas, a Raquel la elegida y a Lea la desdeñada, a Bilha y Zilpa, siervas y a la vez concubinas con quienes concibió descendencia, y a sus once hijos. Su familia

pasa a la otra orilla y Jacob queda aislado en un lugar donde todo le es ajeno. Retorna a su tienda dispuesto a descansar. Apaga la hoguera, sopla sobre la mecha de la lámpara y la oscurece. La noche impera, todo queda sumido en la tiniebla.

Con el regreso de Jacob a Canaán cesará por fin su prolongado exilio. Ojalá, se dice, no demore su término esta noche en que la separación y el desamparo parecen concentrarse. Enfrentar a Esaú lo aterra. Teme que el acumulado resentimiento de su hermano contra él recaiga también en los suyos. Presume que el colérico, el rústico y fornido Esaú no cesará en su ensañamiento hasta acabar con Jacob, sus mujeres y su progenie. Presiente que, para reparar la usurpación y el despojo que su único hermano le infligió, Esaú querrá apoderarse de ganados y siervos, de cualquier pertenencia o beneficio de Jacob. Cómo hasta ahora Jacob obró y cuánto obtuvo parecen confirmar el presagio de su nacimiento. Al salir del vientre de Rebeca, el gemelo lampiño apareció aferrado al calcañar del pelirrojo y velludo Esaú. Por eso lo apodaron Jacob, el que traba, hostiga o entrapa. Necesita morigerar la rabia de Esaú. Para aplacarla, concibe otra de sus estratagemas. Despacha mensajeros para decir a Esaú que se declara su siervo y que en Harán acumuló notable riqueza. Esaú responde que va a su encuentro con cuatrocientos hombres armados. Jacob dispone entonces entregar a su hermano presentes dignos de un rey, casi cien veces superiores a las siete corderas que su abuelo Abraham ofreció a Abimelech para sellar la alianza entre cananeos y filisteos. Separa de sus ganados cabra, ovejas, camellos y asnos en cantidad. Los ordena en manadas que confía a sus servidores. Esaú debe recibir las una tras otra y con cada una, la advertencia de que provienen de su vasallo quien sumisamente viene detrás. Se humilla ante su hermano haciéndole llegar quinientos cincuenta animales que escalona en despaciosos regaños; un largo intervalo separa cada arribo. Jacob calcula que su ofrenda, a medida que crezca, reducirá en proporción inversa la ira de Esaú. Porque sabe que el hermano ofendido es más tenaz que pétreo fortaleza y que su cerrado corazón guarda el odio con candado de alcázar, pide a Dios lo libre de ese aborrecimiento.

Cuando Jacob consigue sosegar su inquietud, cuando se abisma como el mundo en su propia penumbra, cuando por fin reposa, de la oscuridad surge un hombre macizo que arremete contra él. Sin proferir palabra, sin desafío no disputa, se abalanza sobre Jacob para tumbarlo. Ambos se entreveran en una lucha enconada. Ninguno ceja. Reveses, empellones, cabezazos. Ninguno cede. Con vigor parejo, se atenazan y oprimen para descoyuntarse. Cuando comienza a clarear, como Jacob combate con la misma saña, su agresor le golpea con tal violencia en el anca que le desencaja el muslo. A pesar del dolor, aunque tam-

balea, Jacob aprisiona con los brazos al contrincante y no lo larga. El hombre sabe ya que no puede vencerlo; quiere que la lucha cese, quiere desaparecer. Recela, teme que Jacob distinga su rostro. Cuando amanece, admite su derrota, deja de forcejear y pide a Jacob que lo suelte. Ahora que Jacob ve al adversario, advierte que este combate lo confronta con un poder imponderable y quiere asegurarse el beneficio de su victoria. No lo liberará, le previene, mientras no lo bendiga. El desconocido pregunta a Jacob por su nombre y para enaltecerlo, se lo suplanta. Ya no lo llamará Jacob, el mañoso talonero, sino Israel, el vidente de Adonai. Esto oye Jacob por boca de Jehová quien le revela que ha peleado con Dios y con los hombres y que ha vencido. Comprende entonces que su victoria es doble, sobre el ser de carne que quiso aniquilarlo y sobre el ser supremo que, para ponerlo duramente a prueba, encarnó en cuerpo de guerrero. Jacob, a su vez, le exige que declare su nombre. Para que la victoria sea completa, le urge saberlo. A fin de imponer su supremacía y tomar posesión de lo que ella debe aportarle, el vencido tiene que darse a conocer. Este responde con otra pregunta. Niega a Jacob el acceso al nombre impronunciado, al nunca articulado por humana garganta. Y lo bendice en aquel lugar que Jacob denomina Peniel, la faz de él, porque allí ha luchado con Dios cuerpo a cuerpo y lo ha visto, como otrora Abraham y más tarde Moisés, cara a cara. Lo ha visto sucumbir ante su mirada.

Con el trueque de nombre, Jacob se vuelve digno de suceder a Abraham como patriarca del pueblo elegido. Ahora, superada la prueba suprema está en condiciones de enfrentar a Esaú.

Siete veces se prosterna, mientras avanza en dirección a su hermano. Esaú corre a su encuentro, lo abraza y lo besa. Y ambos lloran. Esaú acepta las ofrendas y, al obtener su gracia, Jacob es confirmado en su derecho a la primogenitura.

Tales son los hechos, tantos como enigmas. Si Esaú, el cazador aguerrido que se complace en perseguir por los montes las bestias y ultimarlas, es el más recio, por qué Jehová elige al apacible y delicado Jacob, al pastor, para contender con él en una pelea de forzudos. Por qué Jehová somete a Jacob, el regalón de su madre que gusta permanecer junto a ella en la tienda, a esta prueba de vigor corporal y no a Esaú, el preferido de su padre, el flechero que anda en descampado atrapando animales salvajes que guisa para Isaac. Por qué combate con el pacífico Jacob, hombre de artimañas y de acomotamientos, y no con el belicoso Esaú, cainita acostumbrado a batirse y a matar. Jacob nunca recurrió a la fuerza para arreglar los litigios; le bastó la astucia. Merced a sus tretas, resuelve en su favor los pleitos evitando siempre enfrentamientos brutales.

Jacob despoja con engaño a Esaú de la primogenitura. Tomando de su hermano la vestimenta y cubriéndose manos y cuello lampiños con piel de cabrito, se aprovecha de la ceguera de Isaac para hacerse pasar ante él por Esaú y arrebatarse la irrevocable bendición paterna, aquella que comporta, además de lluvias y mieses y aceites abundantes, prevalecer sobre su gente. También funda su fortuna en una estratagema. Sabiendo que cuenta en Harán con el favor de Jehová que le ha prometido multiplicar sus ganados, maniobra a fin de enriquecerse; usa lenguaje confuso y consigue que Labán le conceda en propiedad animales moteados o manchados. Habitualmente escasos, nacen ahora en cantidad. Así acumula bienes que despiertan el resentimiento de sus cuñados. Jacob nota en el rostro de los arameos la cólera que crece. Debe retornar a Canaán antes que lo expulsen con violencia extrema y le confisquen su fortuna. Pero allá le tocará enfrentar la acumulada cólera de Esaú y tiene miedo.

Jaacob pide a Dios que lo preserve del aborrecimiento de Esaú y Jehová lo somete a una prueba de rudeza que correspondería el hirsuto esaú. Puesto que Jacob con abuso lo ha suplantado ante Isaac, para compensar el doble despojo, Dios pelea con Jacob como si éste fuera un cazador fornido. Ese acto por sorpresa y de fuerza invalida la astucia habitual de Jacob; lo obliga a combatir cuerpo a cuerpo. No lo agrede el Dios misericordioso que remedia sino el punitivo cuya ira aniquila, el dragón de la nariz humeante que arroja por su boca fuego, el que quema y abate. El hombre que surge de la tiniebla y ataca con saña homicida no es un enviado. Ni arcángel ni arconte, es el Señor de las legiones celestes. Jacob lucha con Dios encarnado en un hombre belicoso. Dios lucha con Jacob como si fuese con Esaú. Jacob debe asumir la consecuencia de la sustitución que le otorgó la primacía. Ahora es Esaú y debe proceder como tal.